

VI Sección Reseñas bibliográficas

Barahona Riera, Macarena. *A la deriva*. Madrid: Lord Byron Editores, 2016.

A la deriva de Macarena Barahona

Desde su primer libro, *Contraatacando* (1980), la poesía de Macarena Barahona ha discurrido en una tensión doble: la pugna con las palabras para apropiarse del lenguaje y construir una visión autónoma del mundo real, por un lado; y enfrentarse a “la lenta guerra de la guadaña y la injusticia”, por el otro, como dice en *A la deriva*, colocándose con la inmensa mayoría –como querían Blas de Otero y Miguel Hernández-.

El poemario que presentamos esta tarde concluye con los versos: “Construir un país sin frontera/La mar sin líneas que divida/La tierra que salga de ella//Una costa ilegítima”, que insiste en el ideal de cantar y contar la travesía de los inmigrantes de la Tierra, de los huérfanos de la riqueza, de los desheredados, gitanos y extranjeros de todos los países –que, en el contexto nacional, podríamos llamar *extracontinentales*-. El poeta es un extranjero permanente, un extranjero que posee como único territorio su capacidad de alzar la voz, amar y combatir en voz alta.

Macarena, como su generación, nació a la literatura en el momento en que se inicia la insurrección armada en Centroamérica y durante la vigencia de lo que



se llamó, un tanto ingenua y tautológicamente, poesía social y política. Algunos también la bautizaron como poesía civil, comprometida y hasta revolucionaria.

En nuestra generación fue la que asumió con mayor claridad esa responsabilidad de rendir testimonio en la década de 1980 –recordemos su “Carta a Roberto Castellanos Braña”, asesinado en El Salvador, o a Monseñor Romero- y sin embargo nunca adhirió a la estética exteriorista, conversacional o realista. La obra de Maca no renuncia a su sublevación personal contra las palabras dóciles y las maneras patriarcales y autoritarias de decir –“verbo violentado”, escribe en *Atlántico* (1994)-, en una búsqueda manifiesta desde su deslumbrante primer libro de sintaxis quebrada, con o sin signos de puntuación, mayúsculas huidizas y ritmo incesante: “qué poco hace/que recién nos encontramos,/que sufrimos./ya nos duele cualquier palabra,/confundimos gestos con punzadas,/mi mano alcanza a dañarte./qué poco hace/que nos amamos tanto/y tu presencia es ahora ausente./qué poco hace que vivimos de adultos/con tanta responsabilidad/y solo quiero quererte,/tiernamente”.

A partir de *Resistencia* (1990), y de poemas anteriores publicados en periódicos y revistas –algunos recogidos en *Mesoamérica* (2014), su quinto libro-, el tratamiento directo del objeto poético se transforma en una fuerte afirmación subjetiva que la lleva a la sensualidad, la plenitud del erotismo y la deconstrucción de los mitos femeninos, como en su poema “Soy hembra”: “Soy hembra/alucinada de Oriente/heredera de Safo/venganza de Malinche/soy Dulcehé...”



A la deriva es un cuaderno de viajes, como lo fue su libro precedente, *Mesoamérica* (2014), aunque cambia la geografía física y espiritual. El Caribe de sus anteriores poemarios muta al Mediterráneo –medi terraneum, mare nostrum- y el paisaje social se interioriza. En *A la deriva* fusiona las dos tendencias de las que he hablado junto al anhelo por recuperar sus orígenes más remotos, volver a una cierta catalanidad subsumida en el castellano y reinsertarse en la *riera* –cauce natural- de la leyenda de su familia materna –Riera- desde un discurso liberado por la voz femenina. El “soy hembra” –como el debraviano “soy hombre”, 50 años atrás- se transforma en una voz migrante, en una condensada letanía de migraciones, destierros, exilios y desexilios. No por nada este libro nació con el nombre de *La navegante* –si no ando mal- y su vocación de tránsito se sitúa en el Mediterráneo ancestral, original, matriarcal: “Andando/bordeo el esmeralda casi azul/en las aguas internas del mar de mi madre” (“Formentera”).

Ese regreso a una Cataluña interior es un recorrido por los lugares perdidos de la memoria que existen con solo pronunciarlos: Porto de la Sabina, Eivissa, Cala Ratjada, Cap de Formentor, Punta de sa Foradada, Cap Tramuntana, Sa Dragonera, y que contienen entremezcladas las cenizas del olvido y las palabras recuperadas de la tribu de sus ancestros. Macarena habla desde la nostalgia, esa metafísica del recuerdo, para liberarse y recuperar la andadura de su abuelo marino como “la diosa del agua/la que custodia los andares/las tinieblas y/la luz de Dios” (“Porto de la Sabina”).



Se definirá “solitaria en mi barco”, “migrante”, “naúfraga”, “mediterránea”, en un acto de autoafirmación típico de su poesía y de su trayectoria vital. Pero la patria, al menos la patria del poeta, la patria de la memoria hecha de fragmentos de memorias y de “tesoros de guerra/tumbas anónimas/ánforas etruscas/epigramas rotos/ cementerios clandestinos/medallones celtas/penas de mar/ los lutos inertes ante treguas/guerreros marinos ante su muerte” (de “Tempestad”) no es la vuelta a un nacionalismo abstruso e intelectual sino la recuperación de una espacio cultural, de un intercambio entre civilizaciones, de un tejido intertextual que proviene del primer navegante –Odiseo sin patria- y llega a las crisis migratorias del siglo XXI, en una poética del viaje y del extrañamiento.

En “Porto de Eivissa” es contundente cuando rechaza los límites geográficos y dice: “Dibujo el aire/En los espacios de la patria/En los aires de la nada/En los patios de mi casa”. En otro poema, bajo la salmodia del verso que se repite, “¿Qué será la patria?”, contesta con lucidez: “un poco de viento errabundo/amasijo de nostalgias esparcidas/en los adioses de los puertos//¿Qué será una patria?/una isla sin fronteras”. Para concluir: “secar la memoria /destruir las fronteras//Países de la nada en la historia de las gentes/vanas aduanas cuando el agua anega/el responso del vuelo la barca que vuelve”.

El ser humano solo puede ser “libre sin mapas” –se dice en el poema “Menorca”-. El abuelo o cualquier exiliado, tráfuga o trashumante, como ella misma, solo puede ser libre “sin frontera /sin miedo”. Sobre la tierra rotulada



permanece la visión del mar de todos, el Mediterráneo/Atlántico/Caribe de los siete mares, indiviso, genésico y total.

Macarena hace suyos los pasos erráticos de la memoria en el maravilloso “Cala Ratjada” cuando dice: “¡Quédate una parte de mí!” El ojo del poeta se funde con la percepción del mundo real y solo así, parece decirnos, vuelve a existir la visión primigenia. “¡Quédate una parte de mí!” Esta visión existencial es la del viajero que se funde con el paisaje y que se suma a las miradas anteriores. La mirada humana, como escribe en “Porto Valencia”, “transforma el azul/en la piel de la ventana”. El azul es el mar, como un símbolo de perfección, siempre el mismo y siempre distinto, ilimitado y casi infinito a la distancia -y a la deriva-. La ventana es la imperfecta y reducida perspectiva humana del espectáculo del mundo y la poeta ilumina esta contradicción, entre la infinitud azul y las fronteras terrestres, con su propia manera de ver.

Carlos Cortés

Universidad de Costa Rica

carloscortes@racsa.co.cr

